

Es un día caluroso sin una sola nube en el cielo, pues el dios del mal tiempo decidió tomarse un par de meses de vacaciones y le hace la sustitución el dios de las parrillas. En la lejanía podemos ver una vía de tren cruzando la ladera de una montaña. Si nos acercamos veremos un tren recorriéndola, una buena señal de que no nos hemos acercado en la dirección equivocada. Y un poco más cerca y a través de una ventana vemos sentado cómodamente y a solas en su compartimento a un hombre que lleva escrita la palabra samurai en la frente. No literalmente, porque el sombrero cónico de paja le tapa media cara y no se hubiese podido leer. Dicho sombrero hacia juego con el kimono de pantalones azul oscuro y camisa blanca y las dos espadas que lleva colgadas cada una en un lado de la cadera.

El hombre era miembro de una antigua tribu formada por los más hábiles samurais que al llegar a la mayoría de edad (la tribu, no los samurais) decidieron independizarse y montar su propia isla. Debido a las características intrínsecas de la isla no es posible representarla en ningún mapa, y por tanto la única forma de entrar es con teletransportadores especialmente potentes o con una patada en el culo muy fuerte. Muchos piensan que de haber sido una tribu de arquitectos y urbanistas eso no sería así. Dada la dificultad de regresar a casa las agencias de turismo no florecían y era raro ver a uno de estos samurais viajando por otros países de Absurdo, con lo que la leyenda que les rodeaba fue creciendo hasta llegar a la altura de mitos como el ratoncito Pérez.

Como decía, uno de estos samurais va en tren rumbo a Ciudad de Patos y...

– Espera, ¿has dicho a Ciudad de Patos? – preguntó el hombre.

Eh, sí, eso he dicho.

– ¡Pero si tengo que ir a Cascoloópolos! ¡Es la quinta vez esta semana que me confundo de tren!

Bueno, dejemos al misterioso samurai resolver sus problemas de rutas y vayamos hasta el ayuntamiento de una aldea anónima de Cascoloópolos.

– ¿Y estáis completamente seguros? – preguntó el alcalde.

– Desde luego, señor – respondió con paciencia el consejero.

El alcalde era orondo y paseaba nervioso de aquí para allá por el amplio despacho mirando el suelo con cara preocupada. El suelo le devolvía la mirada con cara de "No puedo responder a tus dudas, sólo soy un conjunto de baldosas". El consejero, un hombre alto, estirado y bastante inteligente para ser un funcionario mantenía la calma en su rincón de consejero.

– ¿Pero seguros del todo?

– Absolutamente, hemos leído la nota diecisiete veces y la hemos hecho analizar por tres expertos en filología.

– ¿Pero estáis convencidos de que es una amenaza de muerte?

– Sin lugar a dudas la expresión "He contratado a un asesino para que te corte la cabeza y me la traiga para usarla como cuenco para cereales" indica que lo es.

El alcalde aceleró el paso con cara de asustado y el suelo paso a poner cara de "Me estoy desgastando más de lo normal".

– Relájese, señor. Hemos contratado a un guardaespaldas experto y está en camino. No le pasará nada.

– Ay, ¿por qué querrán matarme? Sólo soy el alcalde de un pequeño pueblo anónimo.

– Tal vez se deba a que sus riquezas superan las que podría generar una pequeña aldea. Eso es algo que siempre ha escamado a los territorios vecinos. Y le recuerdo que antes de que usted tomase el poder, sí tenía nombre.

– Reconoce que quitárselo fue una gran idea. Desde que los carteros no pueden traernos las

demandas por daños provocados por productos defectuosos podemos aumentar el negocio de exportación cuanto queramos aunque no haya más obreros para contratar.

– Sin duda una gran idea, señor. Digan lo que digan las circunstancias actuales.

Mientras tanto, en una estación de trenes lejos de allí, una figura envuelta en una gabardina con el cuello hacia arriba miraba una locomotora cortada por la mitad.

– Lo siento, amigo – dijo un operario a la figura –, pero todos los viajes van a tener retrasos. Será mejor que busque otro modo de llegar a su destino – miró a la locomotora – ¿Quién habrá sido el cafe capaz de cortarla por la mitad?

– Yo sólo sé que es la quinta vez que me pasa esta semana – respondió el hombre de la gabardina.

Al día siguiente el samurai entraba a pie en la aldea sin nombre. La gente era pobre y las calles eran de tierra. El poco viento que soplaba levantaba polvo que reseca la garganta. Mientras caminaba veía erigirse montones de fábricas a los lados, pues el importante crecimiento de la industria dio como resultado que aquella fuese la única aldea del mundo con más fábricas que chabolas. Al final de la calle principal se encontraba su destino, un edificio grande y blanco que brillaba bajo el sol con un cartel sobre la puerta que decía "No se abre a vendedores". Encima de ese cartel había otro más grande que ponía "Ayuntamiento y casa del alcalde". Subió la escalinata de la entrada, llamó a la puerta y al poco se abrió.

– Hola, venía a...

– Llega tarde – le saludó el consejero del alcalde tras mirarle de arriba a abajo –. Acompáñeme.

Ambos recorrieron los pasillos hasta el despacho y entraron.

– Señor, ya ha llegado.

– ¡Fantástico! – el alcalde se acercó a toda prisa – ¿Eres mi nuevo guardaespaldas?

– Eso parece – respondió sin emoción.

– ¿Cómo te llamas?

– Puede llamarme Nosuke – dijo tras un breve silencio.

– Va a pasar mucho tiempo aquí, así que le enseñaré el edificio. Este es el despacho, mi habitación con la cuna está por aquí...

– No nos quedaremos aquí, es mejor que salgamos a la calle.

– ¿Cómo?

– Es pura estrategia, en la calle se confundirá con el resto de la gente y estará más seguro.

– Bueno, el experto eres tú – dijo no muy seguro el alcalde.

Los aldeanos observaban con curiosidad al samurai y al alcalde con su ropa cara paseando por las calles de tierra.

– Me parece que no paso nada desapercibido con este traje, y además se me está llenando de porquería.

Sin duda el traje de seda rosa no parecía una buena elección para dar un discreto paseo por un pueblo obrero.

– Pues mañana volveremos a salir a paseo.

– ¿Pero no me has oído?

– Precisamente porque le he oído. A medida que se le ensucia el traje menos destaca. Cuanto

más tiempo pase en la calle más se camuflará. El sistema funciona.

– Bueno, al menos me han mandado a un experto en combate a dos manos.

– No lo soy, ¿por qué piensa eso?

– Entonces, esas dos espadas... – dijo señalándolas.

– Es que en el fragor de la batalla nunca me acuerdo de si soy zurdo o diestro, así que cojo la que tengo más a mano.

– Ahm, entonces que lleves espadas en vez de katanas es por si te olvidas de que lado tiene el filo, ¿verdad?

– Efectivamente.

– Perdona, ¿es usted tonto?

– No, soy olvidadizo, que es distinto. Un olvidadizo no se acuerda de como atarse los zapatos, un tonto los ata el uno con el otro para tropezarse ¿Acaso ve que me tropiece?

– En realidad veo que no llevas zapatos.

– ¡Precisamente! ¡Porque se me han olvidado! – exclamó con cierta alegría Nosuke al pensar que el alcalde empezaba a comprender su punto de vista – Oh, antes que se me olvide, tenemos que entrenar.

– ¿Entrenar?

– Claro, es posible que en un momento dado tenga que correr para ponerse a salvo mientras lucho contra el asesino.

El samurai sacó una de las espadas y empezó a pinchar al alcalde en el culo con ella.

– ¡¿Qué haces?! – exclamó mientras se protegía el culo.

– Motivarle, así se sentirá aún mejor cuando logre correr lo suficiente.

Ante la mirada atónita de los viandantes, un hombre gordo y asustado corría mientras otro le perseguía para clavarle su espada por detrás. Ese día los chistes sobre el traje rosa del alcalde fueron más frecuentes de lo normal.

Por la noche regresaron al ayuntamiento y el alcalde entró en su habitación resoplando, cubierto de suciedad y con los calzoncillos hechos jirones. Nosuke le seguía por detrás.

– Tú tienes tu propio cuarto – le dijo el alcalde que temía lo que pudiese hacer mientras descansaba.

– ¿Para qué?

– Eh, pues para dormir.

– ¿Dormir? No caigo.

– Es esa cosa que se hace por las noches en los cuartos. Cierras los ojos y hale, a dormir.

– ¡Ah, dormir! Espere, que lo apunto en mi libreta de cosas importantes.

El samurai sacó una libreta de los bolsillos y apuntó "Dormir por la noche" al lado de "La m y la p no son la misma letra".

– Hasta mañana, señor – dijo al terminar de escribir.

El alcalde miraba como su guardaespaldas no se movía.

– Que cabeza la mía, si es de noche. Hasta mañana, señor.

Cuando salió por la puerta el alcalde sacó una libreta de una mesilla, puso "IMPORTANTE" en la portada y dentro escribió "No volver a confiar en una agencia de guardaespaldas que salga en

las páginas amarillas".

Al día siguiente volvieron a salir de paseo por el pueblo. Resultaba difícil llevarle la contraria a Nosuke por la confianza en sí mismo que tenía y el ligero temor que inspiraba. De repente una figura con gabardina con aspecto desafiante apareció ante ellos cubierta por una nube de polvo. Durante unos minutos nadie dijo ni hizo nada.

– Sospechoso – dedujo finalmente el samurai –, sugiero que corramos para salvar la vida.

De inmediato el alcalde empezó a correr al grito de "¡En el culo no!" seguido de cerca por el samurai y el hombre misterioso que les ordenaba detenerse.

– ¿Hay alguna fábrica abandonada por aquí?

– Sí, bastantes. La producción crece tan rápido que enseguida se nos quedan pequeñas ¿Para qué quieres saberlo?

– La estrategia más adecuada para esta situación es refugiarse en una, lo enseñan en primero de Protección básica.

– No estoy yo muy...

Antes de que le diese tiempo a terminar de quejarse le agarró del brazo y le llevó hasta una de las fábricas vacías. Caminaron entre la maquinaria hasta que volvieron a encontrarse de frente con el hombre de la gabardina. De algún modo les había adelantado, como por ejemplo corriendo más rápido o tomando un atajo.

– Tú eres el tipo que se cargó todos los trenes obligándome a hacer autoestop – dijo señalando al samurai – Entrégale y sufrirás razonablemente poco.

– ¡Es el asesino del que tienes que protegerme! ¡Mátale de una vez!

– ¿Cómo dice? El asesino es él, yo soy el guardaespaldas que contrató.

– ¡Ostras! – exclamó Nosuke dándose una palmada en la frente por debajo del sombrero – ¡Es verdad! Ya decía yo que lo de traerle a la fábrica era por algo. Para que no se oigan los gritos y eso. Si lo ponía en mi libreta y todo.

Sacó la libreta para comprobarlo y "Matar al alcalde" estaba entre "Bordar mi nombre en los calzoncillos antes de que se me olvide cuál es" y "Esta es la libreta de las cosas importantes".

– Pero eres un samurai, ¿no tenéis un código de honor que os impide ser malos en general? – preguntó su ex-cliente.

– Bueno, en ese momento no me acordaba.

Aprovechando que ya tenía fuera la libreta añadió "Apuntar que soy un samurai".

– Me da igual como te contrataran, prepárate para morir – dijo el hombre de la gabardina.

El alcalde se escondió detrás de una máquina mientras los dos guerreros se disponían a luchar. En ese momento, y sin saber muy bien cómo, pase de ser narrador a locutor.

ROUND ONE. FIGHT!

La pelea da comienzo y los dos luchadores se estudian mutuamente. Nosuke se crió entre samurais y tiene unas espadas capaces de cortar en dos un tren y el hombre misterioso... aún no le hemos visto hacer nada, pero seguro que tiene un as en la manga. Caballeros, esta promete ser un gran combate.

– Technique of the Forgotten: Button Smash!!!

¡Dios santo! ¡No me lo puedo creer! Nosuke va a utilizar su técnica especial. Al no poder recordar como es el combo pulsa botones al azar a una velocidad endiablada, dando como resultado una combinación mortal de todos los demás golpes. Observen como se lanza hacia su indefenso

adversario moviendo sus extremidades y sus armas en una danza caótica. Madre mía, se está comiendo todos los golpes, tendrá suerte si queda de él un trozo más grande que una albóndiga.

PERFECT. NOSUKE WINS.

Nosuke hizo una llamativa pose de victoria y yo pude volver a sentarme en el puesto de narrador. Tras el breve combate sólo quedaba una especie de chili con carne donde antes estaba el oponente del samurai.

– ¿Por dónde iba?

El alcalde gritó y al tratar de huir se torció el tobillo y cayó al suelo.

– Eso, que nadie me ayude ¡Ah, sí, ya me acuerdo! Tenía que matarte.

– ¿Por qué? – preguntó en un desesperado intento de retrasar lo inevitable.

– Me pagan por ello y el dinero es necesario para sobrevivir, si no recuerdo mal.

Las miradas de ambos se cruzaron.

– Ah, que te refieres a los otros. Creo que tiene que ver con los productos defectuosos que vendes a los ejércitos. Son tan malos que matan a los aliados. Lo lógico sería que les regalasen las armas al enemigo, pero tampoco soy nadie para explicarles como hacer las cosas. En fin, sigamos con lo nuestro.

TCHAC.

– ¡Aaaaahhhh! ¡Mi brazo!

– Agh, ya me he vuelto a confundir. A ver si ahora acierto.

TCHAC. Silencio.

– No grita, buena señal.